

# Socorrer a Haití

LA VANGUARDIA, Editorial, 15.01.10

UN terremoto de siete grados en la escala de Richter ha provocado una hecatombe en Haití, el país más pobre del continente americano. Tan grande es la tragedia humana que ha afectado especialmente a la capital, Puerto Príncipe, que probablemente nunca se llegará a conocer la cifra exacta de personas muertas. Las autoridades hablan de decenas de miles y el primer ministro se refirió a unos cien mil muertos. En lo que queda de las calles de la devastada capital se amontonan los cadáveres a la espera de que alguien los pueda recoger y enterrar.

Mientras Estados Unidos y Europa se han lanzado a socorrer a los haitianos, estos tratan de rescatar de entre las ruinas de las casas y con la prácticamente sola ayuda de sus brazos a las personas de las que oyen sus voces de auxilio, en una situación tan dramática que ha conmocionado al mundo. Casas, hospitales, escuelas, edificios públicos, palacios, todo se vino abajo la tarde del pasado martes, y el Gobierno de Haití, un país en permanente bancarrota política, social y económica, se ve incapaz de organizar un plan para aliviar la tragedia. Porque junto a la tragedia humana se ha producido el desplome de las infraestructuras, carreteras, puentes y telecomunicaciones.

Haití ha dependido siempre de la ayuda exterior y ahora esta, por muy urgente que se presente, siempre tarda unas horas en llegar y ponerse en marcha, unas horas que son vitales para quienes se encuentran enterrados bajo los escombros. Y es que el terremoto ha afectado a tres millones de personas sin distinción, desde funcionarios de la ONU, sobre

la que se apoya fundamentalmente la organización y gestión de los asuntos públicos, hasta el obispado. Entre las víctimas se hallan el enviado especial de Ban Ki Mun, el tunecino Hedi Annabi, el obispo Serge Miot, o diversos soldados, brasileños y chinos en su mayoría, del contingente de las Naciones Unidas.

Es sabido que las catástrofes naturales se ceban siempre en los más pobres, entre otras razones, porque se hallan menos protegidos ante ellas. El peor terremoto en los dos siglos de historia de Haití obliga a la comunidad internacional a acudir en su ayuda. Obama ha prometido un "apoyo total", y ha enviado equipos especializados en desastres que intentan llegar al epicentro del drama. La Comisión Europea aporta tres millones de euros para hacer llegar a la zona agua potable, medicinas, equipos médicos e infraestructuras, mientras diversos países europeos se han movilizado con aportaciones millonarias. España ha organizado cuatro aviones de ayuda, con equipos de rescate, ayuda sanitaria, especialistas médicos y hospitales de campaña.

Pero la cuestión es que Haití es un país del que sólo se habla cuando sufre una catástrofe. Como en el 2008, cuando un huracán derribó más de cien mil barracas en el área metropolitana de Puerto Príncipe, donde malviven cuatro millones de personas. Un país que emergió de una rebelión contra la esclavitud pero que nunca ha contado para nada en la comunidad internacional, que lo ha dejado al albur de golpes militares, dirigentes populistas y dictaduras sangrientas, como la de los Duvalier, en la segunda mitad del siglo XX. Esta es la dramática realidad que se presenta ahora ante la comunidad internacional, que tiene la obligación de socorrer a Haití para salvar vidas y atender a una población que, desgraciadamente, no se vale por sí misma.